



Seix Barral

Elizabeth O'Connor

La ballena varada





Seix Barral Biblioteca Formentor

Elizabeth O'Connor

La ballena varada

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *Whale Fall*

© Elizabeth O'Connor, 2024

First published 2024 by Picador, an imprint of Pan Macmillan

© por la traducción, Javier Calvo, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-322-4432-2

Depósito legal: B. 1.223-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Así es un año en la isla. Primero vienen el sol y la primavera llenándose de aves. Estas dejan la isla en manos de su invierno gris para regresar cuando aparecen brotes en el suelo. Las alcas llegan como formas oscuras bajo el agua. De los cielos descienden gaviotas tridáctilas y alcatraces. Al principio no los vemos. A veces los niños los persiguen sobre los acantilados o los pescadores los apartan de las redes con un remo. A finales de la primavera se proyectan sobre la isla como sombras. Frailecillos, golondrinas de mar, charrancitos. Al llegar el verano, ya están criando a sus polluelos, zambulléndose de vuelta en el agua.

Las gaviotas son las que más se acercan a nuestras casas, para llevarse restos de comida de la basura de los patios. Se posan en los tejados: de lejos, el edificio se ve erizado de las puntas grises de sus alas. Viven en el tejado, convirtiéndolo en una cubierta plateada de plumas y guano, despertando a los que estamos dentro cuando se pelean y corretean por las tejas. A veces se pelean en mi-

tad del aire, dejando manchas rojas las unas en las otras. Dejan caer al patio de losas los peces que llevan en el pico, que se meten por las rendijas y los agujeros de la piedra y desprenden un olor rancio durante meses. El calor hace que se acerquen todavía más: sus olores de aves, sus llamadas, sus polluelos rosados muertos.

En verano las mujeres de la isla repintan las casas de blanco. Entran en la cueva de caliza que hay al oeste de la isla y raspan la piedra para desprenderle el polvillo. Mi madre siempre regresaba con las manos embadurnadas, dejando manchitas en todo lo que tocaba. A veces el pigmento volvía la pintura más amarilla o azul que el blanco puro. Un año todas las casas terminaron siendo de un rosado pálido, que de hecho todavía se ve, en forma de muescas y de ronchas cuando se caen las capas de encima.

Después del verano, el frío da media vuelta y se deja caer como una roca. Las aves desaparecen una por una. Abandonan los nidos de los acantilados con los huevos todavía dentro. En el otoño, el mar bulle como una olla al fuego. Los pájaros se van y el verano con ellos.

Invierno: nos quedamos cerca del hogar, dormimos en la misma cama. El mar se acerca furtivamente a la puerta, lame el borde de la isla. Hay hielo gris en el horizonte. El viento nos convierte en carne roja. En Navidad cocinamos lo que he-

mos pescado, luego sacrificamos una oveja y la tiramos al agua. Las olas la devuelven a la playa en primavera y las aves vienen a devorarla. Las ovejas van en rotación por la isla, a medida que van pasando en cada prado hasta dejarlo en nada.

SEPTIEMBRE

La ballena quedó varada en los bajíos de la isla durante la noche, saliendo del agua igual que un gato se cuela por debajo de una puerta. Nadie la vio: ni el faro con su halo de luz sobre el agua, ni los pescadores que buscaban merlán y lenguado de noche, ni los granjeros que movían el ganado por la colina al alba. En los acantilados, las ovejas no se inmutaron. Bajo el agua oscura, el cuerpo de la ballena emitía un ligero resplandor verde.

Al llegar la mañana ya flotaba en la playa, acostada bocabajo. Sobre ella se congregaban las aves. La corriente bañaba de agua la arena formando unos espejos anchos y planos surcados de finos regueros de arena. Las olas rodeaban a la ballena y volvían a retirarse, como si fueran una membrana en torno a su delicado centro.

Había pescadores que decían que el animal se había desviado de su rumbo. A veces se veían ba-

llenas en alta mar, pero casi nunca tan cerca. Entre la gente mayor hubo quien dijo que era una especie de presagio, aunque sin ponerse de acuerdo en si era malo o bueno. El reverendo Jones leía la prensa inglesa casi todas las semanas, pero dijo que no había nada que explicara la llegada de la criatura. La armada había vuelto a salir a la mar a principios de mes. Hizo un comentario impreciso sobre los radares y uno de los granjeros asintió con la cabeza y dijo: *submarinos*.

Alguien se trajo de casa una cámara de gran tamaño, una caja apoyada en patas largas de madera. El flash destiñó el paisaje.

Nací en la isla el 20 de enero de 1920. Mi certificado de nacimiento decía el 30 de enero porque mi padre no pudo llegar antes al registro civil de tierra adentro. Había estallado una fuerte tormenta de invierno y nadie podía salir de la isla. Cuando por fin pudimos hacer la travesía, solía contarme mi madre, la playa estaba cubierta de medusas, como una capa plateada de hielo. Mi madre sobrevivió al parto, gracias a Dios, porque no podría haber ido nadie a ayudarla.

La isla tenía cinco kilómetros de largo y uno y medio de ancho, un faro en la punta este y una cueva oscura en el oeste. Había doce familias, más el párroco y Lukasz el polaco, que trabajaba en el faro. Nuestra casa, la Casita Rosa, estaba encajada en el costado de una colina, donde el viento cerraba el puño en torno a ella. Tad decía que el ejército debería haber usado nuestras ventanas para hacer tanques, de tan resistentes que eran a los elementos. El cristal se había alabeado y astillado en algunas partes, pero seguía aferrándose al marco. En el

dormitorio, de noche, oías a las cabras de nuestros vecinos llamar a sus retoños a través de una grieta de la ventana, y a veces veías una vela encendida en su casa, como una moneda suspendida en lo alto de la colina.

Tad siempre me llamaba por el nombre del perro. El día de la ballena se cruzó conmigo en el patio mientras llamaba al perro. Yo estaba intentando sacudirle el polvo a la esterilla de la chimenea, pero solo conseguí que se me posara sobre la ropa en forma de capa plateada. Tuve que apartarme los mosquitos a manotazos de los ojos.

—Salgo con la barca, Elis —me dijo Tad.

—Manod —le dije—. No soy Elis. Elis es el perro.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Se despidió con la mano. Se alejó por el sendero hacia el mar. Sus botas de goma iban chapoteando a cada paso.

—Es lo que he dicho —oí que decía—. Manod. Es lo que he dicho.

Al otro lado del patio, Tad secaba las caballas colgándolas de una cuerda. Quería mucho al perro; había una sección del pescado seco que era solo para él. Mi padre apenas hablaba conmigo ni con mi hermana, pero por las noches lo oía tener largas conversaciones en voz baja con Elis. En el

patio, Elis corría en círculos olisqueando el liquen entre las losas, sin apenas pararse, sin apenas mirarme. Le descolgué un pescado y él se metió corriendo como un ingrato entre los espinos, levantando una nubecilla de tierra seca y hojas.

Me froté una mancha que tenía en el vestido. Era un vestido viejo de mi madre, de franela oscura y con todas las costuras deshilachadas. Mi madre se hacía su ropa y también me había enseñado a hacérmela a mí. Cosía ropa práctica, con bolsillos grandes y espacio para moverse. A mí me gustaba copiar los patrones de las revistas que se dejaban las mujeres en la capilla. Tendencias de Inglaterra. Gracias a ellas me daba cuenta de que la mayoría de la gente de nuestra isla llevaba ropa diez años desfasada del resto del mundo. A veces la corriente traía flotando maletas a la playa, y en ellas yo encontraba prendas antiguas que ponerme o que descoser para usar la tela. Una vez encontré un vestido de baile, intacto salvo por un rasguño en la cadera, de seda rojo anémona. Tenía un bolsillito a un lado del que asomaba una polvera con baño de oro en forma de concha de vieira. El aplicador de polvos seguía estando anaranjado por el contacto con la piel de su dueña.

Poco después de que Tad se marchara apareció nuestro vecino, con la ropa y el pelo goteando. Lo vi subir la colina hasta el sitio donde su mujer es-

taba ordeñando una de sus cabras. Me llegó su olor, el olor a humedad de su chaleco de piel de oveja y de la camisa que llevaba debajo. Su mujer corrió hasta él y le cogió la cara entre las manos. Me sentí rara mirándolos y me puse a peinarme con los dedos. Pude oír fragmentos de lo que le estaba diciendo a Leah: *Creíamos que era una barca. ¿Crees que es un mal augurio?* Vi que a Leah se le ponían las manos tensas y que se quedaba un momento sin aire.